

SARRASINE

A don Carlos de Bernard du Grail.

Estaba yo sumido en una de esas profundas meditaciones que se apoderan de todo el mundo, hasta del hombre más frívolo, en el seno de las fiestas más tumultuosas. Acababan de dar las doce en el reloj del Elíseo Borbón. Sentado en el alféizar de una ventana y oculto tras los ondulados pliegues de una cortina, podía contemplar á mi gusto el jardín del palacio en que pasaba la velada. Los árboles, cubiertos casi de nieve, se destacaban débilmente del fondo grisáceo de un cielo nebuloso iluminado apenas por la luna. Vistos en el seno de aquella atmósfera fantástica, parecían vagamente espectros mal envueltos en sus sudarios, imágenes gigantes de la famosa *danza de los muertos*. Después, volviéndome al otro lado, podía adivinar la danza de los vivos, un salón espléndido con paredes cubiertas de oro y de plata y deslumbrantes arañas. Allí hormigueaban, se agitaban y bullían las mujeres más bonitas de París, las más ricas, las más nobles, brillantes, pomposas, deslumbrantes de diamantes, con flores en la cabeza, en el pecho, en los cabellos y en sus trajes, y con guirnaldas á sus pies. Había allí ligeros estremecimientos, pasos voluptuosos que ponían en movimiento los encajes, la blonda, la gasa y la seda. Algunas relucientes miradas despuntaban aquí y allí eclipsando las luces y el brillo de los diamantes y animando á corazones demasiado amantes. Se percibían también movimientos de cabeza muy

significativos para los enamorados y actitudes negativas para los maridos. Los gritos de los jugadores á cada jugada imprevista y el ruido del oro se mezclaban con la música y con el murmullo de las conversaciones, y para acabar de aturdir á aquella multitud embriagada con todas las seducciones que el mundo pueda ofrecer, un vapor de perfume y la embriaguez general influan sobre las excitadas imaginaciones. De este modo, á mi derecha la sombría y silenciosa imagen de la muerte; á mi izquierda las atractivas bacanales de la vida; allá, la naturaleza fría, triste, de luto; aquí, los hombres entregados al goce. Colocado yo en la frontera de estos dos cuadros tan disparatados, que repetidos mil veces de mil diversas maneras convierten á París en la ciudad más divertida y más filosófica del mundo, hacía yo un potaje de moral medio jocoso y medio fúnebre. Con el pie izquierdo señalaba la línea divisoria y creía tener el otro ya en la tumba. En efecto, mi pierna estaba helada por uno de esos vientos colados que le hielan á uno la mitad del cuerpo, mientras que el otro siente el suave calor de los salones; accidente este que suele ser bastante frecuente en un baile.

—¿Hace ya mucho tiempo que el señor de Lanty posee este palacio?

—Sí, pronto va á hacer dos años que lo vendió el mariscal Carigliano.

—¡Ah!

—¿Pero estas gentes deben tener una inmensa fortuna?

—Por fuerza.

—¿Qué fiesta! se ve aquí un lujo verdaderamente insolente.

—¿Cree usted que serán tan ricos como el señor de Nucingen ó el señor de Gondreville?

—Pero ¿no sabe usted?

Entonces yo saqué la cabeza y reconocí á los dos interlocutores por pertenecer á esa clase de gente curiosa que se ocupa exclusivamente en París de los ¿Por qué? de los ¿Cómo? ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son? ¿Qué hay? ¿Qué ha hecho?

Ambos se pusieron á hablar en voz baja y se alejaron para ir á charlar más á gusto sentados en un solitario canapé. Jamás misterio más fecundo se había presentado para excitar la curiosidad de los infatigables curiosos. Nadie sabía de qué país venía la familia de Lanty, ni de qué comercio, de qué explotación, de qué piratería ó de qué herencia provenía una

fortuna estimada en varios millones. Todos los miembros de aquella familia hablaban el italiano, el francés, el alemán, el inglés y el español con bastante perfección para hacer suponer que habían permanecido mucho tiempo en estos países. ¿Eran bohemios? ¿eran filibusteros?

—Aunque sean el diablo, lo cierto es que reciben á las mil maravillas—decían unos jóvenes políticos.

—Aunque el conde de Lanty haya robado á algún *Casaba*, lo cierto es que yo me casaría con su hija—exclamaba un filósofo.

¿Quién no se hubiera casado con Marianina, joven de diez y seis años, cuya belleza realizaba las fabulosas concepciones de los poetas orientales? Como la hija del Sultán en el cuento de la *Lámpara maravillosa*, debería permanecer siempre velada. Su canto eclipsaba los incompletos talentos de las Malibran, de las Sontag, de las Fodor, en las que una cualidad dominante ha excluido siempre la perfección del conjunto; mientras que Marianina sabía unir á una gran pureza de sonidos la sensibilidad, la precisión de los movimientos y de las entonaciones, el alma y la ciencia, la corrección y el sentimiento. Aquella muchacha era el tipo de esa poesía secreta, lazo común de todos los artes, que huye siempre de los que la buscan. Cariñosa y modesta, instruida é inteligente, nadie podía eclipsar á Marianina á no ser su madre.

¿Habéis encontrado nunca alguna de esas mujeres cuya esplendorosa belleza burla los ataques del tiempo y que parecen más deseables á los treinta y seis años que cuando debían tener quince? Su cara denota un alma apasionada, deslumbra; cada facción está iluminada por la inteligencia y cada poro posee un brillo particular, sobre todo al resplandor de las luces. Sus ojos seductores atraen, rechazan, hablan ó enmudecen; su paso posee imponente inocencia, y su voz despliega las melodiosas riquezas de los tonos más suaves y cariñosos. Un movimiento de sus cejas, el menor destello de sus ojos, sus labios que se cierran, imprimen una especie de terror á los que hacen depender de ella su vida y su dicha. Inexperta en el amor y dócil á las palabras, una joven puede dejarse seducir; pero para esta clase de mujeres el hombre debe saber callar cuando al meterse su amada en su cuarto la camarera le aplasta los dedos con la juntura de la puerta. Amar á estas poderosas sirenas ¿no es jugarse la vida? He

aquí por qué las amamos apasionadamente. Tal era la condesa de Lanty.

Filipo, hermano de Marianina, tenía, como su hermana, la belleza maravillosa de la condesa. Para decirlo todo en una palabra, baste saber que aquel joven era una imagen viva del Antinos, aunque de formas más delicadas. Pero, ¡cuán bien armonizan esas débiles y delicadas perfecciones cuando una tez aceitunada, unas cejas pobladas y el fuego de una mirada penetrante prometen para el porvenir pasiones voluptuosas y generosas ideas! Si Filipo resultaba para todas las jóvenes un tipo ideal, permanecía también en el recuerdo de todas las madres como el mejor partido de Francia.

La belleza, la fortuna, el talento, las gracias de aquellos dos muchachos les provenían únicamente de su madre. El conde de Lanty era pequeño, feo y raquítico, sombrío como un español y antipático como un banquero. Por lo demás, pasaba por profundo político, tal vez porque se reía pocas veces y citaba siempre á Metternich ó á Wellington.

Aquella misteriosa familia tenía todo el atractivo de un poema de lord Byron cuyas dificultades eran traducidas de diferente manera por cada persona del gran mundo: un canto obscuro y sublime de estrofa en estrofa. La reserva que los señores de Lanty guardaban acerca de su origen, de su existencia pasada y de sus relaciones con las cuatro partes del mundo, no hubiese sido mucho tiempo motivo de asombro en París, donde se comprende tal vez mejor que en ningún otro país el axioma de Vespasiano. Allí el oro lo representa todo, aunque esté manchado de sangre y barro. Con tal que la buena sociedad sepa el importe de vuestra fortuna, basta para clasificaros entre los que tienen una fortuna igual, y nadie os pide vuestros pergaminos porque todo el mundo sabe lo poco que cuestan. En una villa donde los problemas sociales se resuelven por medio de cuestiones algebraicas, los aventureros tienen muchas ventajas á su favor. Suponiendo que aquella familia hubiese sido bohemia de nacimiento, era tan rica y tan simpática que la alta sociedad podía perdonarle sus pequeños misterios. Pero, por desgracia, la historia enigmática de la casa de Lanty resultaba un constante motivo de curiosidad muy semejante al de las novelas de Ana Radcliffe.

Los observadores, esas gentes que se interesan por saber

en qué almacén compráis los candelabros, ó que os preguntan el precio del alquiler cuando vuestra habitación les parece buena, habían notado de tarde en medio de las fiestas, de los conciertos y de los bailes dados por la condesa, la aparición de un extraño personaje. Era un hombre. La primera vez que se presentó en el palacio fué durante un concierto, atraído al parecer al salón por la encantadora voz de Marianina.

—Hace un momento que tengo frío—dijo á su vecino una dama sentada cerca de la puerta.

El desconocido, que estaba cerca de aquella señora, se fué.

—¡Qué cosa más singular! ahora tengo calor—dijo aquella señora después que el extranjero se hubo marchado.—Tal vez me llame usted loca, pero no puedo menos de pensar que mi vecino, ese señor vestido de negro que acaba de marcharse, era la causa de mi frío.

La exageración propia de las gentes de la elevada sociedad no tardó en sugerir las ideas más chistosas y más extravagantes, y los cuentos más ridículos acerca de aquel misterioso personaje. Sin ser precisamente un vampiro, un hombre artificial, una especie de Fausto ó de Robin de los bosques, participaba, según decían las gentes amigas de lo fantástico, de todas estas naturalezas antropomórficas. No faltaban inocentes que tomaban por realidades estas ingenuas burlas de la maledicencia parisiense. El extranjero era sencillamente un anciano. Algunos de aquellos jóvenes, acostumbrados á definir todos los días á Europa por medio de una frase elegante, se empeñaban en ver en el desconocido á un gran criminal lleno de inmensas riquezas. Algunos novelistas contaban la vida de aquel anciano y daban detalles verdaderamente curiosos acerca de las barbaridades cometidas por él mientras estuvo al servicio del príncipe Mysore. Algunos banqueros, gentes más positivas, contaban una fábula especial.—¡Bah! decían encogiéndose de hombros—ese viejecito es una cabeza genovesa.

—Caballero, si no es indiscreción, ¿querría usted decirme lo que entiende por cabeza genovesa?

—Señor mío, quiero decir que es un hombre de cuya vida dependen enormes capitales y sobre todo las rentas de esta familia.

Recuerdo haber oído en casa de la señora de Espard á un magnetizador que probaba por medio de considera-

ciones históricas muy rebuscadas que aquel anciano guardado bajo un fanal era el famoso Balsamo, llamado Cagliostro. Según aquel moderno alquimista, el aventurero siciliano había escapado de la muerte y se entretenía en hacer oro para sus nietos. En fin, el baile de Ferette aseguraba que había reconocido en aquel singular personaje al conde de Saint-Germain. Estas tonterías, dichas con el tono ingenioso y con el aire burlón que caracteriza en nuestros días á una sociedad sin creencias, mantenía vagas sospechas acerca de la casa de Lanty, y, por un extraño concurso de circunstancias, los miembros de aquella familia justificaban las conjeturas del mundo observando una conducta bastante misteriosa con aquel anciano, cuya vida permanecía oculta á todas las miradas.

Si aquel personaje franqueaba el umbral de la habitación que se decía que ocupaba en el palacio de Lanty, su aparición causaba siempre una gran sensación en la familia. Se hubiese dicho que era aquello un acontecimiento de gran importancia. Filipino, Marianina, la señora de Lanty y un anciano criado eran los únicos que tenían derecho á ayudar al desconocido á caminar, á levantarse y á sentarse. Todos vigilaban sus menores movimientos y parecía que fuese un personaje encantado de quien dependiese la dicha, la vida ó la fortuna de todos. ¿Era temor ó afecto? Las gentes no podían ver ningún indicio que les ayudase á resolver este problema. Oculto durante meses enteros en el fondo de un santuario desconocido, aquel genio familiar salía de pronto como furtivamente, sin ser esperado y aparecía en medio de los salones como aquellas hadas de antaño que descendían de sus voladores dragones para ir á turbar las solemnidades á que no habían sido invitadas. Entonces los observadores más perspicaces eran los únicos que podían ver la inquietud de los amos de la casa, los cuales sabían disimular sus sensaciones con singular habilidad. Pero á veces, al mismo tiempo que bailaba un rigodón, la sencilla Marianina dirigía una mirada de terror al anciano, que la vigilaba en medio de los grupos, ó bien Filipino se deslizaba á través de la multitud para ir á unirse á él y permanecía á su lado atento y cariñoso, cual si el contacto de los hombres ó el menor soplo pudiese dar la muerte á aquella extraña criatura. La condesa procuraba aproximarse á él, cual si lo hiciese sin intención, y después, empleando modales tan llenos de

servilismo como de ternura, de sumisión como de despotismo, le decía dos ó tres palabras á las que se avenía casi siempre el anciano, desapareciendo en compañía de ella. Si la señora de Lanty no estaba allí, el conde empleaba mil estratagemas para aproximarse á él, y una vez á su lado parecía que el anciano le hacía poco caso, siendo generalmente tratado por el conde como un niño mimado cuya madre escucha sus caprichos ó teme sus rabietas. Habiéndose aventurado algunos indiscretos á interrogar imprudentemente al conde de Lanty, este hombre frío y reservado fingió siempre no comprender la pregunta de los curiosos. De modo que después de muchas tentativas, burladas siempre por la circunspección de todos los miembros de aquella familia, nadie intentó descubrir un secreto tan bien guardado. Cansados de luchar, los espías de los salones, los papamoscas y los políticos acabaron por no ocuparse más de este misterio.

Pero en este momento tal vez había en el seno de aquellos resplandecientes salones algunos filósofos que, al mismo tiempo que tomaban un helado ó un sorbete, ó que colocaban sobre una consola un vaso lleno de ponche, se decían:

—No me asombraría saber que estas gentes son unos bribones. Ese viejo que se esconde y no se presenta más que en los equinoccios y en los solsticios tiene todo el aspecto de un asesino.

—O de un quebrado.

—Que es, poco más ó menos, lo mismo, porque matar la fortuna de un hombre es á veces peor que matarle á él mismo.

—Caballero, yo he apostado veinte luises y tengo que cobrar cuarenta.

—Señor mío, sobre el tapete no había más que quince.

—Hombre, aquí se habla demasiado y no es posible jugar.

—Hace ya seis meses que no hemos visto al espíritu. ¿Cree usted que sea un ser vivo?

—He llegado á dudar.

Estas últimas palabras eran dichas cerca de mí por desconocidos, en el momento en que yo resumía con un pensamiento último mis reflexiones, mezcladas de frío y de calor, de vida y de muerte. Mis ojos y mi loca imaginación se ocupaban alternativamente de la fiesta llegada á su más alto

grado de esplendor y del sombrío cuadro de los jardines. No sé cuanto tiempo medité acerca de estos dos lados de la medalla humana; pero lo que sí sé es que de pronto me sacó de mis reflexiones la risa ahogada de una joven, y al ver la imagen que se ofreció á mis ojos, quedé estupefacto. Por uno de esos raros caprichos de la naturaleza, el pensamiento medio fúnebre que ocupaba mi cerebro se había salido de él y se encontraba en mi presencia personificado, animado, había brotado como Minerva de la cabeza de Júpiter, grande y fuerte, tenía á la vez cien años y veintidós, estaba vivo y muerto. Escapado de su cuarto como un loco de su celda, el ancianito, se había deslizado ocultamente y estaba detrás de un grupo de personas atentas á la voz de Marianina. Parecía haber salido de bajo tierra empujado por algún mecanismo de teatro. Inmóvil y sombrío, permaneció durante algunos instantes contemplando aquella fiesta, cuyo murmullo había llegado sin duda á sus oídos. Su preocupación, casi de sonámbulo, estaba tan concentrada en las cosas, que se hallaba en medio del mundo sin ver siquiera á la gente. Había surgido sin ceremonia al lado de una de las mujeres más encantadoras de París, bailarina elegante y joven, de delicadas formas, una de esas figuras tan frescas como la de un niño, blanca y rosada, y tan frágil, tan transparente, que la mirada de un hombre parece que ha de atravesarla, como los rayos del sol atraviesan un cristal puro. Ambos estaban allí ante mí, juntos, unidos y tan apretados, que el extranjero rozaba el traje de gasa de la joven, sus guirnaldas de flores y sus cabellos ligeramente rizados.

Yo había sido el que había llevado á aquella joven al baile de la señora de Lanty, y como era la primera vez que iba á aquella casa, yo le perdoné su ahogada risa; pero le hice una seña tan imperiosa, que interrumpió de pronto su risa y miró con respeto á su vecino. La joven se sentó á mi lado. El anciano no quiso dejar á aquella deliciosa criatura, por la cual sintió esa caprichosa simpatía de que son susceptibles las gentes de mucha edad y que es una de las cosas que les hace parecer niños. Para sentarse al lado de la joven le fué preciso tomar una silla. Sus menores movimientos denotaban esa torpeza y esa estúpida indecisión que caracteriza los gestos de un parálítico, y se sentó con lentitud en su silla gruñendo algunas palabras ininteligibles. Su

voz cascada se pareció al ruido que hace una piedra al caer en un pozo. La joven se apresuró á estrecharme la mano, cual si quisiese evitar su caída en un precipicio, y tembló cuando aquel hombre, que la miraba, fijó en ella sus dos ojos fríos y yertos que sólo podían compararse al nácar empañado.

—Tengo miedo, me dijo la joven acercándose á mi oído.

—Puede usted hablar en voz alta, porque es un poco sordo, le respondí.

—¿Le conoce usted, pues?

—Sí.

Entonces la joven se aventuró á examinar un instante á aquella criatura sin nombre en el lenguaje humano, forma sin substancia, ser sin vida, ó vida sin acción. La muchacha estaba bajo el encanto de esa tímida curiosidad que lleva á las mujeres á procurarse emociones peligrosas, á ver tigres encadenados y á mirar boas, para espantarse ante la idea de que sólo están separadas de ellos por débiles barreras. Aunque el ancianito tenía la espalda encorvada como la de un jornalero, se notaba fácilmente que su estatura debía haber sido ordinaria. Su excesiva delgadez y la decadencia de sus miembros probaban que sus proporciones habían sido siempre esbeltas. Llevaba un calzón de seda negra que flotaba en torno de sus descarnados muslos formando pliegues como una vela amainada. Un anatomista hubiese reconocido en seguida los síntomas de una espantosa tisis al ver las piernecitas que servían para sostener aquel extraño cuerpo. Hubieseis dicho que aquello eran dos huesos puestos en cruz sobre una tumba. Se apoderaba del corazón un sentimiento de profundo horror por el hombre, cuando la fatal atención le revelaba á uno huellas impresas por la decrepitud en aquella casual máquina. El desconocido llevaba un chaleco blanco con bordados de oro á la moda antigua, y su camisa interior llamaba la atención por su excesiva blancura. Una pechera de encaje de Inglaterra, cuya riqueza hubiese sido envidiada por una reina, cubría su pecho; pero en él, aquel encaje era más bien un andrajo que un adorno. En medio de aquella pechera brillaba como el sol un diamante de incalculable valor. Aquel lujo rancio, aquel tesoro intrínseco y sin gusto, hacía resaltar aún más la cara de aquel ser extraño. El marco era digno del retrato. Aquella cara negra era angulosa y estaba descarnada en

todos los sentidos. La barba estaba hundida, las sienas hundidas, y los ojos se perdían en el fondo de dos órbitas amarillas. Los huesos maxilares, salientes á causa de la indescriptible delgadez del anciano, formaban cavidades en medio de la mejilla. Estas gibosidades, más ó menos iluminadas por las luces, produjeron sombras y reflejos curiosos que acababan de quitar á aquel rostro los caracteres de la faz humana. Además, los años habían pegado con tal fuerza los huesos y la piel amarilla y fina de aquella cara, que ésta formaba multitud de arrugas, cual el agua enturbada por el guijarro que arroja un niño, pero tan profundas y tan unidas como las hojas en el canto de un libro. Algunos ancianos ofrecen á veces aspecto más horrible, pero lo que contribuía más á dar apariencias de creación artificial al espectro que se había presentado ante nosotros, eran los colores blancos y rojos que relucían en su cara. Las cejas estaban iluminadas por la luz de una araña que hacía ver una tintura primorosamente hecha. Afortunadamente para los ojos entristecidos ante tantas ruinas, su cadavérico cráneo estaba tapado por una peluca rubia cuyos innumerables rizos denotaban extraordinaria presunción. Por otra parte, la coquetería femenina de aquel personaje fantasmagórico era anunciada bastante á las claras por las arracadas de oro que pendían de sus orejas, por los anillos que brillaban en sus menudos dedos y por una leontina que relucía como las piedras de un aderezo en el cuello de una mujer. En fin, aquella especie de ídolo japonés conservaba en sus labios una risa fija y constante, implacable y burlona como la de una cabeza de muerto. Silencioso é inmóvil como una estatua, exhalaba ese olor á almizcle de las ropas viejas que los herederos de una duquesa sacan de los cajones durante un inventario. Si el anciano volvía los ojos hacia el baile, parecía que el movimiento de aquellos globos se hubiese realizado por medio de un artificio imperceptible, y cuando los ojos se detenían el que los examinaba acababa por dudar de que se habían movido.

Ver al lado de aquellos despojos humanos á una joven cuyo cuello, brazos y pecho eran blancos como la nieve y estaban desnudos, cuyas formas llenas eran deslumbrantes de belleza, cuyos cabellos inspiraban amor, cuyos ojos relucían y parecían despedir luz, cuyos rizos resultaban vaporosos y cuyo perfumado aliento embalsamaba la atmósfera, era

la vida al lado de la muerte, un arabesco imaginario, una horrible quimera.

—Y sin embargo muchas veces en el mundo se realizan matrimonios de este género—me dije para mis adentros.

—Huele á cementerio—exclamó la joven espantada, estrechándome la mano como para estar segura de mi protección y haciendo movimientos que denotaban su gran miedo.—Es una horrible visión, y no me sería posible permanecer aquí mucho tiempo. Si lo vuelvo á mirar, llegaré á creer que la muerte ha venido á buscarme. Pero ¿vive?

Y esto diciendo tendió la mano hacia el fenómeno con ese atrevimiento que sacan las mujeres de la violencia de sus deseos; pero un sudor frío salió de sus poros, pues inmediatamente que hubo tocado al anciano, oyó un grito semejante al de una carraca. Aquella voz agria, si voz podía llamarse á aquello, brotó de una garganta casi seca, y después á aquel clamor sucedió una convulsiva tos de niño, de una sonoridad particular. Al oír aquel ruido, Marianina, Filipo y la señora de Lanty fijaron sus ojos en nosotros y sus miradas parecían rayos. La joven, que hubiese querido estar siete codos bajo tierra, tomó mi brazo y me llevó hacia un gabinete. Hombres y mujeres, todo el mundo nos abrió paso. Llegados al fondo de las habitaciones de recepción, entramos en un gabinete semicircular, y mi compañera, llena de espanto, sin saber donde estaba, se arrojó sobre un diván.

—Pero señora, ¿está usted loca?—le dije.

—¿Qué culpa tengo yo?—me contestó después de un momento de silencio durante el cual me entretenía en admirarla.—¿Por qué permite la señora de Lanty que los aparecidos anden por su palacio?

—Vamos, no imite usted á los tontos—le respondí;—usted tomá á un anciano por un espectro.

—Cállese usted—replicó ella con ese aire imponente que tan bien saben emplear todas las mujeres cuando quieren tener razón.—¿Qué gabinete más bonito!—exclamó mirando en torno suyo.—El satén azul siempre da excelente juego. ¡Qué fresco es! ¡Ah, qué cuadros más hermosos!—añadió levantándose y encaminándose hacia un cuadro provisto de un magnífico marco.

Ambos permanecimos un instante contemplando aquella maravilla, que parecía debida á un pincel sobrenatural. El cuadro representaba á Adonis tendido sobre una piel de león.

La lámpara suspendida del techo iluminaba aquella tela con una luz suave que nos permitió apreciar todas las bellezas del cuadro.

—¿Existe un ser tan perfecto?—me preguntó, después de haber examinado con sonrisa de contento la gracia exquisita de los contornos, la postura, el color y los cabellos del Adonis.—Es demasiado guapo para hombre—añadió después de un examen semejante al que habría hecho tratándose de una rival.

¡Oh! ¡cómo sentí yo entonces los ataques de esos celos en que un poeta había intentado en vano hacerme creer! Los celos de los grabados, de los cuadros, de las estatuas, donde los artistas exageran la belleza humana, movidos por la doctrina que los inclina á idealizarlo todo.

—Es un retrato debido al talento de Vien—le respondí.—Pero este gran pintor no ha visto nunca el original, y su admiración será menos grande tal vez, cuando sepa que esta figura ha sido copiada de una estatua de mujer.

—¿Pero quién era esa mujer?

Yo titubeé.

—Quiero saberlo—se apresuró á decirme.

—Creo—le dije—que ese Adonis representa á un... un pariente de la señora de Lanty.

Tuve el dolor de verla sumida en la contemplación de aquella figura. Se sentó después en silencio y yo me puse á su lado y le cogí la mano sin que ella se apercibiese. ¡Olvidado por un retrato! En aquel momento el ligero ruido de los pasos de una mujer resonó en el silencio y vimos entrar á la joven Marianina, más espléndida aun con su expresión de inocencia que con su gracia y con su elegante traje. La joven caminaba entonces lentamente, dando el brazo con un cuidado maternal, con filial solicitud, al espectro vestido que nos había hecho huir del salón de música, y conduciéndole y mirándole con una especie de inquietud. Ambos llegaron con bastante trabajo á una puerta oculta tras una cortina, y una vez allí, Marianina llamó muy despacio. Inmediatamente apareció como por encanto un hombre alto y seco, especie de genio familiar. Antes de confiar el anciano á aquel guardián misterioso, la joven besó respetuosamente el cadáver ambulante, y su casta caricia no estuvo exenta de ese gracioso mimo cuyo secreto pertenece á algunas mujeres privilegiadas.

—*Addio, addio!*—decía Marianina dando cariñosas inflexiones á su fresca voz.

Y al mismo tiempo, en voz baja volvió á repetir un tercer *addio* con gorgoritos que parecían denotar la efusión de su corazón. El anciano, herido de pronto por algún recuerdo, permaneció en el umbral de aquel secreto reducto, y, entonces, gracias á un profundo silencio, oímos el hondo suspiro que salió de su pecho, se quitó la sortija más hermosa que adornaba sus dedos de esqueteo y la colocó en el seno de Marianina. La loca joven se echó á reír, tomó el anillo, se lo puso sobre el guante en uno de los dedos y corrió apresuradamente hacia el salón donde resonaban en aquel momento los preludios de una danza. Marianina nos vió, y poniéndose roja como la grana exclamó:

—¡Ah! ¡estaban ustedes ahí!

Y después de habernos mirado como para preguntarnos, corrió á buscar su pareja con la indiferencia propia de su edad.

—¿Qué quiere decir esto?—me preguntó mi compañera.—¿Es su marido? ¡Yo creo soñar! ¿Dónde estoy?

—¡Usted, señora!—le respondí, —usted que comprendiendo admirablemente las emociones más imperceptibles sabe cultivar en un corazón de hombre el más delicado de los sentimientos, sin marchitarlo, sin herirlo desde el primer día, usted que se compadece de las penas del corazón y que al talento de una parisiense une un alma apasionada digna de Italia ó de España...

Como viese que mi lenguaje respiraba amarga ironía, me interrumpió para decirme:

—¡Oh! me hace usted á su gusto. ¡Singular tiranía! usted desea que yo no sea yo.

—¡Oh! yo no deseo nada—exclamé, asustado de su actitud severa.—¿Es cierto al menos que le gusta á usted oír la historia de esas enérgicas pasiones inspiradas en nuestros corazones por las divinas mujeres del mediodía?

—Sí; ¿por qué?

—Porque entonces mañana, á eso de las nueve de la noche, iré á su casa y le revelaré este misterio.

—No—me respondió con aire mimoso,—quiero saberlo todo en seguida.

—Usted me dice *quiero*, pero aun no me ha dado derecho á obedecerla.

—En este momento tengo un vivo deseo de conocer su secreto, y mañana tal vez no le prestaría oídos—me respondió con desesperante coquetería.

Dicho esto se sonrió y nos separamos: ella siempre tan altiva y tan ruda; yo tan ridículo en aquel momento como siempre. Tuvo ella la audacia de bailar con un joven ayudante de campo, y yo me enfadé, al mismo tiempo que la admiraba amoroso y lleno de celos.

—Hasta mañana—me dijo á eso de las dos de la madrugada cuando salió del baile.

—No iré, y te abandono—pensé para mis adentros.—Tal vez eres mil veces más caprichosa y más fantástica que mi imaginación.

Al día siguiente, estábamos ante un buen fuego en un elegante saloncito, sentados ambos, ella en una otomana y yo sobre unos cojines, casi á sus pies, con mi vista fija en la suya. La calle estaba silenciosa. La lámpara despedía suave claridad. Era aquella una de esas veladas deliciosas para el alma, uno de esos momentos que no se olvidan nunca, una de esas horas transcurridas en medio de la paz y del deseo, cuyo recuerdo nos sirve después de pena, aun cuando seamos más felices. ¿Quién puede borrar la viva huella de las primeras entrevistas del amor?

—Vamos—dijo ella,—ya escucho.

—Pero no me atrevo á empezar, porque la aventura tiene pasajes peligrosos para el narrador, y, si me entusiasmo, va usted á hacerme callar.

—Hable usted.

—Obedezco. Ernesto Juan Sarrasine era hijo único de un procurador del Franco-Condado—repuse después de una pausa.—Su padre había ganado lealmente de seis á ocho mil francos de renta, fortuna que antaño pasaba en provincias por colosal. El anciano Sarrasine, que no tenía más que un hijo, no quiso ahorrar nada para su educación, pues esperaba hacerle magistrado, vivir bastante para ver en su ancianidad al nieto de Mateo Sarrasine, labrador de Saint-Dié, sentado en lirios y durmiendo en la audiencia para mayor gloria del parlamento; pero el cielo no reservaba esta alegría al procurador. El joven Sarrasine, confiado desde su más tierna edad á los jesuitas, dió pruebas de una travesura poco común, tuvo la infancia de un hombre de talento, no quería estudiar más que lo que se le antojaba, se sublevaba fre-

cuentemente, y permanecía á veces horas enteras, sumido en confusas meditaciones, ocupado tan pronto en contemplar á sus compañeros cuando jugaban como en representarse los héroes de Homero. Por otra parte, si le daba por divertirse, empleaba en sus juegos un ardor extraordinario, y cuando luchaba con algún compañero, rara vez terminaba el combate sin que hubiese sangre. Si era el más débil, mordía. Tan pronto turbulento como tranquilo, inepto ó demasiado inteligente, su extraño carácter contribuyó á que fuese tan temible para sus maestros como para sus compañeros. En lugar de aprender los elementos de la lengua griega, retrataba al reverendo padre que les explicaba un pasaje de Tucídides, bosquejaba al profesor de matemáticas, á los párvulos y al corrector, y embadurnaba todas las paredes con informes bocetos. En lugar de cantar las alabanzas al Señor en la iglesia, se divertía durante los oficios en despedazar un banco, ó cuando había robado algún pedazo de madera esculpía algún santo. Si le faltaban la piedra, la madera ó el lápiz, empleaba la miga de pan, ya copiando los personajes de los cuadros que adornaban el coro, ó ya improvisando, es lo cierto que siempre se encontraba en el sitio ocupado por él, toscos bocetos cuyo carácter licencioso desesperaba á los padres más jóvenes, mientras que los más viejos sonreían, según decían los malévolos. En fin, si hemos de dar crédito á las crónicas del colegio, fué expulsado por haber esculpido un pedazo de madera, en forma de Cristo, un día de viernes santo, mientras esperaba el turno para confesarse. La impiedad grabada en aquella estatua era demasiado grande para que no valiese un castigo al artista. ¿No había tenido la audacia de colocar en lo alto del tabernáculo aquella figura, un tanto cínica? Sarrasine fué á buscar en París un refugio contra las amenazas de la maldición paterna, y como hombre dotado de una de esas voluntades fuertes que no conocen obstáculos, obedeció á las órdenes de su genio y entró en el taller de Bouchardon, donde trabajaba durante el día, yendo por la noche á mendigar su subsistencia. Bouchardon, maravillado de los progresos y de la inteligencia del joven artista, no tardó en adivinar la miseria en que se hallaba su discípulo y acto continuo le socorrió, y más tarde le tomó cariño y le trató como si fuese su hijo. Cuando el genio de Sarrasine se dejó ver en una de esas obras en que el talento futuro lucha con la efervescencia de la juventud,

el generoso Bouchardon procuró reconciliarle con el anciano procurador. Ante la autoridad del célebre escultor, la ira paterna se apaciguó y Besançon entero se felicitó de haber sido cuna de un futuro grande hombre. En el primer momento de éxtasis en que le sumió su halagada vanidad, el avaro procurador puso á su hijo en condición de frecuentar decentemente el mundo. Los largos y laboriosos estudios exigidos por la escultura domaron durante algún tiempo el carácter impetuoso y el genio salvaje de Sarrasine. Bouchardon, previendo la violencia con que las pasiones se desarrollarían en aquella alma joven, tal vez tan vigorosamente templada como la de Miguel Angel, empleó sus energías en continuos trabajos y logró mantener en sus justos límites la fogosidad extraordinaria de Sarrasine, prohibiéndole que trabajase y proponiéndole distracciones cuando le veía arrastrado por la furia de algún pensamiento, ó confiándole importantes trabajos en el momento en que le veía dispuesto á entregarse á la disipación. Pero para aquella alma apasionada, el cariño fué siempre el arma más poderosa, y si el maestro logró ejercer gran imperio sobre el discípulo fué gracias á haber empleado con él una bondad paternal. A la edad de veintidós años, Sarrasine se vió privado de la saludable influencia que Bouchardon ejercía sobre sus costumbres y sobre su carácter, pues sus trabajos le valieron el premio de escultura fundado por el marqués de Marigni, el hermano de la señora Pompadour que tanto hizo por las artes. Diderot alabó como una obra maestra la estatua del discípulo de Bouchardon, y el escultor del rey vió partir con profundo dolor para Italia al joven á quien había procurado mantener en la mayor ignorancia acerca de las cosas de la vida. Sarrasine hacía seis años que era comensal de Bouchardon. Fanático por su arte como lo fué Canova después, se levantaba al amanecer, entraba en el taller para no salir hasta la noche y vivía solo con su musa. Si iba á la Comedia francesa, lo hacía arrastrado por su maestro; mas se sentía tan molesto en casa de la señora Geoffrin y en el gran mundo en que Bouchardon intentó introducirle, que prefirió permanecer solo y repudió los placeres de aquella época licenciosa. No tuvo más queridas que la escultura y Clotilde, una de las celebridades de la Opera, y aun esta intriga duró muy poco. Sarrasine era bastante feo, iba siempre mal vestido, y era por naturaleza tan libre y tan poco regular en su vida

privada, que la pobre ninfa temiendo alguna catástrofe, no tardó en abandonar al escultor en su amor á las artes. Sofía Arnould tuvo no sé qué buena salida acerca de este punto, y creo que se asombró de que su compañero pudiese distinguirse en la escultura. Sarrasine partió para Italia el año 1758. Durante el viaje su ardiente imaginación fué excitada por los ardores del clima y por la vista de los maravillosos monumentos de que está cuajada la patria de las artes. Admiró las estatuas, los frescos, los cuadros, y lleno de emulación se trasladó á Roma en alas del deseo de inscribir su nombre entre los de Miguel Angel y Bouchardon. Durante los primeros días repartió el tiempo entre sus trabajos de taller y las obras de arte que abundan en Roma, y había pasado ya quince días en el estado de éxtasis que se apodera de todas las imaginaciones jóvenes con la vista de la reina de las ruínas, cuando una noche entró en el teatro de Argentina, ante el cual se agrupaba una gran multitud. Trató de enterarse de las causas de aquella afluencia, y la gente le contestó pronunciando estos dos nombres: ¡Zambinella! ¡Jomelli! El joven escultor entra y ocupa un asiento que afortunadamente estaba bastante próximo á la escena. Se levantó el telón. Por la primera vez en su vida oyó esa música cuyas delicias alabó tan elocuentemente Juan Jacobo Rousseau durante una velada en casa del barón de Holbach. Los sentidos del joven escultor fueron, por decirlo así, lubricados por los acentos de la sublime armonía de Jomelli. Las lánguidas originalidades de aquellas voces italianas hábilmente concertadas le sumieron en un éxtasis arrebatador, y permaneció mudo é inmóvil sin sentirse pisoteado por dos curas. Su alma salió de su cuerpo por sus oídos y por sus ojos, y creyó escuchar por cada uno de sus poros. De pronto una salva de aplausos que parecía próxima á derrumbar la sala acogió la entrada en escena de la *prima donna*, la cual avanzó con coquetería hasta el proscenio y saludó al público con infinita gracia. Las luces, el entusiasmo de todo un pueblo, la ilusión de la escena y los presigios de un rizo dorado, que en aquella época resultaba bastante incitante, conspiraron en favor de aquella mujer. Sarrasine lanzó gritos de placer, pues admiraba en aquel momento la belleza, ideal cuyas perfecciones había buscado hasta entonces aquí y allá en la naturaleza, sacando de un modelo, á veces innoble, las redondeces de una pierna, en

otro los contornos del seno, en aquel sus blancos hombros, en este el cuello de una joven, las manos de una mujer y las contorneadas rodillas, sin encontrar nunca bajo el cielo frío de París las ricas y sabias creaciones de la Grecia antigua. La Zambinella reunía animadas y delicadas esas exquisitas proporciones de la naturaleza femenina tan ardientemente deseadas por un escultor, que es á la vez su juez más severo y apasionado. Tenía Zambinella una boca expresiva, ojos amorosos y tez de una blancura deslumbrante, á todo lo cual, que bastaba para maravillar á un pintor, podéis unir todas las maravillas de las Venus' reverenciadas y creadas por el cincel de los griegos. El artista no se cansaba de admirar la gracia inimitable con que los brazos estaban unidos al busto, la redondez del cuello, las líneas armoniosamente descritas por las cejas y por la nariz, el óvalo perfecto de la cara, la pureza de sus animados contornos y el efecto de las pestañas espesas y encorvadas que servían de remate á unos párpados grandes y voluptuosos. Aquello era más que una mujer, era una obra maestra. En aquella creación inesperada había amor bastante para cautivar á todos los hombres y bellezas dignas de satisfacer á un crítico. Sarrasine devoraba con los ojos la estatua de Pigmalion, que parecía haber descendido para él de su pedestal. Cuando la Zambinella cantó, aquello fué un delirio. El artista sintió primero frío, y después un volcán en las profundidades de su ser íntimo, en lo que nosotros llamamos corazón por no tener palabra con que expresarlo de otro modo. Sarrasine aplaudió en silencio, pues parecía sentir cierto impulso de locura, una especie de frenesí que nos agita á la edad en que el deseo tiene un no sé qué de terrible y de infernal. Sarrasine quería arrojarse á la escena y apoderarse de aquella mujer. Su fuerza, centuplicada por una depresión imposible de explicar, ya que estos fenómenos se realizan en una esfera inaccesible á la observación humana, tenía tendencias á trazarse un proyecto, un plan determinado, con una violencia vigorosa. El que lo hubiese visto lo hubiera creído un hombre frío y estúpido. Gloria, ciencia, porvenir, coronas, todo se vino abajo. — Ser amado por ella, ó morir. — Tal fué la sentencia que Sarrasine se impuso á sí mismo. Estaba tan completamente ebrio que no veía sala, espectadores ni actores, no oía más que música. Más aun, no existía ya distancia entre él y la Zambinella, la poseía, y sus ojos fijos en aquella

criatura parecían apoderarse de ella. Un poder casi diabólico le permitía sentir el perfume de aquella voz y de los polvos de que estaban impregnados sus cabellos, dejándole ver también el tejido de su rostro y hasta contar las azules venas que matizaban su satinada piel. En fin, aquella voz sonora, fresca y de argentino timbre, flexible como el hilo que obedece al menor soplo, aquella voz atacaba tan vivamente su alma, que más de una vez lanzó Sarrasine algunos de esos gritos involuntarios arrancados por las convulsivas delicias que nos producen las pasiones humanas, con demasiada escasez por cierto. A poco, se vió obligado á salir del teatro, y entonces sus temblorosas piernas casi se negaban á sostenerle; estaba abatido y débil como un hombre nervioso que se ha entregado á alguna horrible cólera; había sentido tanto placer, ó había sufrido tanto, que su vida parecía agotada, y sentía en sí un vacío y un anonadamiento semejante á esas atonías que desesperan á los convalecientes al salir de una enfermedad. Invadido por inexplicable tristeza fué á sentarse en los peldaños de una iglesia; y allí, con la espalda apoyada sobre una columna, se sumió en una meditación confusa como un sueño. La pasión le había anonadado. De vuelta á su casa, cayó en uno de esos paroxismos de actividad que nos revelan la presencia de principios nuevos en nuestra existencia. Presa de una primera fiebre amorosa que participa de placer y dolor, quiso disipar su impaciencia y su delirio dibujando de memoria á la Zambinella. Aquello fué una especie de meditación material. En una hoja de papel, la Zambinella estaba en actitud tranquila y fría en apariencia, tal como la hubieran pintado Rafael, Giorgion y todos los grandes pintores. En otra hoja volvía maliciosamente la cabeza acabando un gorgorito y en actitud de escucharse á sí misma. Sarrasine dibujó á su querida en todas las posturas: sin velo, sentada, de pie, casta ó amorosa, y realizó, gracias á la habilidad de su lápiz, todas las ideas caprichosas que son solicitadas por nuestra imaginación cuando pensamos tenazmente en una mujer amada. Pero sus furiosas ideas fueron más lejos que el dibujo. Sarrasine veía á la Zambinella, le hablaba, le suplicaba y soñaba mil años de vida y de felicidad con ella, colocándola en todas las situaciones imaginables. Al día siguiente ordenó á un criado que fuese á abonarle por toda la temporada á un palco próximo á la escena. Como todos los jóvenes cuya

alma es poderosa, se exageró las dificultades de su empresa, y procuró como primer elemento á su pasión, la dicha de poder admirar á su amada sin obstáculo. Esa edad de oro del amor, durante la cual gozamos con nuestros propios sentimientos y nos consideramos felices casi por nosotros mismos, no debía durar mucho tiempo para Sarrasine. Los acontecimientos le sorprendieron cuando estaba aún bajo el encanto de esta primera alucinación tan sencilla como voluptuosa. Durante unos ocho días vivió toda una vida, ocupado por la mañana en amasar el yeso por medio del cual iba reproduciendo á la Zambinella, á pesar de los velos, las faldas, los corsés y los nudos de cintas que ocultaban sus formas. Por la noche, instalado desde muy temprano en su palco, sentado en un sofá, se procuraba, cual un turco embriagado de opio, una dicha tan fecunda y tan pródiga como deseaba. En un principio se familiarizó gradualmente con las emociones demasiado vivas que le causaba el canto de su amada, y después acostumbró sus ojos á verla, y acabó por contemplarla sin temer la explosión de sorda rabia de que se había visto presa el primer día. Al aumentar su tranquilidad, su pasión se hizo más profunda. Por lo demás, el hurraño escultor sólo sufría cuando su soledad, poblada de imágenes y adornada con los caprichos de la esperanza, era turbada por sus compañeros. Amaba con tal fuerza y tan sencillamente, que tuvo que sufrir los primeros escrúpulos que nos asaltan cuando amamos por primera vez. Al empezar á entrever que muy pronto sería preciso obrar, preguntar dónde vivía la Zambinella, saber si tenía una madre, un tío, un tutor ó una familia, al pensar en los medios de verla y de hablarle, sentía que su corazón se henchía de ideas tan ambiciosas, que aplazaba estos cuidados para el día siguiente, considerándose feliz lo mismo con sus sufrimientos físicos que con sus placeres intelectuales.

—Pero con todo eso aun no veo á Marianina ni á su ancianito—me dijo la señora de Rochefide interrumpiéndome.

—No le ve usted más que á él — exclamé yo impacientado, como el autor á quien le destruyen el efecto de un golpe teatral. — Hacía algunos días — repuse yo después de una pausa — que Sarrasine iba á instalarse tan puntualmente á su palco y sus miradas expresaban tanto amor, que su pasión por la hermosa Zambinella hubiese sido la

novedad de todo París si esta aventura hubiese ocurrido aquí. Pero en Italia, señora, cada uno asiste al teatro por su cuenta, con sus pasiones propias y con un interés de corazón que excluye todo espionaje. Sin embargo, el frenesí del escultor no debía pasar desapercibido mucho tiempo para las miradas de los cantantes. Una noche el francés notó que se reían de él entre bastidores, y hubiese sido difícil saber lo que habría hecho si la Zambinella no hubiese entrado en escena, dirigiendo á Sarrasine una de esas elocuentes miradas que dicen á veces mucho más de lo que las mujeres quieren. Aquella mirada fué toda una revelación. Sarrasine era amado. «Si no es más que un capricho, pensó acusando ya á su amada de demasiado ardor, qué poco sabe le que hace, porque su capricho espero que durará tanto como mi vida.» En aquel momento, tres golpes dados ligeramente á la puerta de su palco llamaron la atención del artista, el cual abrió para dar paso á una vieja que entró misteriosamente, diciendo: «Joven, si quiere usted ser feliz, tenga prudencia; envuélvase en una capa, échese el sombrero sobre los ojos, y á eso de las diez de la noche procure estar en la calle del Corso, delante del palacio de España.» «No faltaré», respondió el artista, poniendo dos luises en la arrugada mano de la dueña. Acto continuo, Sarrasine abandonó su palco, después de haber hecho una seña de inteligencia á la Zambinella, la cual bajó tímidamente sus párpados como mujer feliz de verse comprendida. El escultor corrió en seguida á su casa, á fin de adquirir por medio del tocado el mayor número de seducciones. Al salir del teatro, un desconocido le cogió del brazo y le dijo al oído: «Tenga usted cuidado, señor francés, porque es cuestión de vida ó muerte. El cardenal Cicognara es su protector y poco amigo de bromas.» Aunque un demonio hubiese puesto entre Sarrasine y la Zambinella las profundidades del infierno, en aquel momento el escultor las hubiese atravesado de una zancada. Semejante á los caballos de los inmortales descritos por Homero, el amor del escultor había franqueado numerosos espacios en un abrir y cerrar de ojos. «Si la muerte me esperase al salir de la casa, aun me apresuraría á ir con más rapidez», le respondió. «¡Poverino!» exclamó el desconocido desapareciendo. Hablar de peligro á un enamorado ¿no es venderle placeres? El criado de Sarrasine jamás le había visto á su amo tan minucioso

en materia de tocado. Su hermosa espada, regalo de Bouchardon, la corbata que Clotilde le había regalado, su levita color de paja, su chaleco de paño argentino, su tabaquera de oro, sus relojes preciosos, todo fué sacado de los cajones, y se adornó como una joven que tiene que pasearse delante de su primer amante. A la hora dicha, ebrio de amor y radiante de esperanzas, Sarrasine, embozado hasta los ojos, acudió á la cita que le había dado la vieja. La dueña le esperaba y le dijo: «¡Cuánto ha tardado usted! Venga», y llevó al francés á través de varias calles, deteniéndose ante un palacio de hermosa apariencia. Una vez allí, llamó, y la puerta se abrió en seguida. Sarrasine fué conducido á través de un laberinto de escaleras, de habitaciones y de galerías que sólo estaban iluminadas por los inseguros resplandores de la luna, y no tardó en llegar á una puerta de cuyas rendijas salían vivos resplandores y en cuyo interior se oían gritos de varias veces. De pronto Sarrasine quedó deslumbrado cuando, á una palabra de la vieja, vió que era admitido en aquella misteriosa habitación, que contenía un salón tan brillantemente iluminado como suntuosamente amueblado, en medio del cual se levantaba una mesa bien servida de sacrosantas botellas y de exquisitos manjares. El escritor reconoció á los cantantes del teatro mezclados con encantadoras mujeres y dispuestos todos á comenzar una orgía de artistas que sólo le esperaban á él. Sarrasine reprimió un movimiento de despecho y procuró poner buena cara. El joven había esperado encontrarse en un cuarto mal iluminado, con su amada cerca de un brasero y un celoso á dos pasos, la muerte y el amor, confidencias cambiadas en voz baja, besos peligrosos y las caras tan cercanas, que los cabellos de la Zambinella hubiesen acariciado su frente cargada de deseos y ansiosa de dicha. «¡Viva la locura! exclamó. *Signori e belle donne*, me permitirán ustedes que más tarde tome la revancha y les demuestre mi agradecimiento por la manera como se dignan acoger á un pobre escultor». Después de haber recibido los afectuosos saludos de la mayor parte de los señores presentes, á quienes conocía de vista, procuró aproximarse á la poltrona en que la Zambinella estaba ligeramente tendida. ¡Oh! cómo latió su corazón cuando vió un lindo pie calzado con aquellas chinelas que, permítame usted que se lo diga, señora, daban antaño al pie de las mujeres una expresión

tan coqueta y tan voluptuosa, que no sé como los hombres lo podían resistir. Las medias blancas, las faldas cortas, las chinelas puntiagudas y con tacones altos del reinado de Luis XV, han contribuído tal vez un poco á desmoralizar á Europa y al clero.

—¡Un poco!—dijo la marquesa.—¿Acaso no ha leído usted nada?

—La Zambinella—repuse sonriéndome—se había cruzado descaradamente de piernas y movía la que tenía encima, actitud de duquesa que sentaba admirablemente bien á su caprichosa belleza. Había dejado sus trajes de teatro y llevaba un cuerpo que dibujaba un talle esbelto, al mismo tiempo que hacía resaltar el valor de una falda de satén bordada con flores azules. Peinada casi como se peinaba la señora Du Barry, su cara, aunque llevaba un gran sombrero, no parecía por esto menos linda, y los pólvos le sentaban muy bien. Verla así era adorarla. La artista sonrió graciosamente al escultor. Sarrasine, aunque estaba descontento de no poder hablarle más que delante de testigos, se sentó cortésmente á su lado y le habló de música, alabando su portentoso talento; pero su voz temblaba de amor, de temor y de esperanza. «¿Qué teme usted? le dijo Vitagliani, el cantante más célebre de la compañía. Ande, que lo que es aquí no tiene usted que temer á ningún rival.» Después de haber dicho estas palabras el tenor sonrió silenciosamente, y los labios de todos los convidados repitieron esta sonrisa, cuya expresión tenía una cierta malicia oculta que debía pasar desapercibida para un enamorado. La publicidad de su amor fué como una puñalada que Sarrasine hubiera recibido al pronto en el corazón. Aunque dotado de una cierta fuerza de carácter, y aunque ninguna circunstancia hubiese de dominar la violencia de su pasión, tal vez no había pensado aún en que Zambinella era casi una libertina, y que él no podía tener á la vez los goces puros que convierten en cosa tan deliciosa el amor de una joven, y los fogosos entusiasmos con que una mujer de teatro hace comprar su peligrosa posición. El joven reflexionó y se resignó. La cena fué servida, y Sarrasine y la Zambinella se sentaron el uno al lado del otro con la mayor naturalidad. Durante la mitad del banquete los artistas guardaron alguna compostura y el escultor pudo hablar con la cantante, juzgándola fina y de talento, pero excesivamente ignorante, y, sobre todo, débil

y supersticiosa. La delicadeza de sus órganos se reproducía en su entendimiento. Cuando Vitagliani destapó la primera botella de champagne, Sarrasine leyó en los ojos de su vecina un miedo bastante intenso de la pequeña detonación producida por la expansión del gas. El estremecimiento involuntario de aquella organización femenina fué interpretado por el enamorado artista como indicio de una excesiva sensibilidad. Esta debilidad encantó al francés. ¡Hay tanto de protección en el amor de un hombre! «Dispondrá usted de mi poder como de un escudo.» ¿No está escrita esta frase en el fondo de todas las declaraciones amorosas? Sarrasine, demasiado apasionado para echar flores á la hermosa italiana, estaba, como todos los amantes, sucesivamente risueño, grave y pensativo. Aunque parecía escuchar á los convidados, estaba tan absorbido por el placer de estar á su lado, de tocarle la mano y de servirla, que no oía una palabra de lo que le decían. A pesar de la elocuencia de algunas miradas mutuas, no dejó de admirarle la reserva que guardó con él la Zambinella, la cual, si había empezado por tocarle el pie y excitarle con la malicia de una mujer libre y enamorada, se había envuelto de pronto en una modestia de joven, después de haberle oído contar á Sarrasine un rasgo que denotó la excesiva violencia de su carácter. Cuando la cena se convirtió en orgía, los convidados se pusieron á cantar inspirados por el Peralta y el Pedro Jiménez. Hubo allí dúos encantadores, aires de Calabria, seguidillas españolas, canciones napolitanas. La embriaguez estaba en todos los ojos, en la música, en los corazones y en las voces. Sarrasine desplegó de pronto una vivacidad encantadora, una cordial franqueza de que nada puede dar idea á los que no conocen más que las asambleas de París, los saraos de Londres ó los círculos de Viena. Las bromas y las frases de amor se cruzaban como balas en una batalla á través de las risas, de las impiedades y de las invocaciones á la Virgen Santa ó al *Bambino*. Uno se acostó en un sofá y se echó á dormir. Una joven escuchaba una declaración, sin saber que derramaba vino de Jerez sobre el mantel. En medio de aquel desorden, la Zambinella, cual si estuviese llena de terror, permaneció pensativa y se negó á beber. Había comido tal vez un poco demasiado, pero la glotonería es, según dicen, una gracia en las mujeres. Admirando el pudor de su amada, Sarrasine hizo serias reflexiones para el porvenir. «Sin duda

querrá que me case con ella», pensó. Y entonces se entregó á las delicias del matrimonio. Vitagliani, su vecino, le llenaba la copa con tanta frecuencia, que, á eso de las tres de la mañana, Sarrasine, sin estar completamente ebrio, se encontró sin fuerzas contra su delirio. En un momento de entusiasmo, cogió á aquella mujer y se la llevó á una especie de gabinete que comunicaba con el salón. La italiana iba armada de un puñal y le dijo: «Si te acercas, me veré obligada á hundirte esta arma en el corazón. Me despreciarías. Me inspira demasiado respeto tu pasión para entregarme de este modo.» «¡Ah! ¡ah! dijo Sarrasine, para extinguir una pasión es muy mal medio el excitarla. ¿Estás ya corrompida hasta el punto de que obres como una joven libertina, que aguza las emociones con que comercia?» «Pero, ¡si hoy es viernes!» respondió ella asustada de la violencia del francés. Sarrasine, que no era supersticioso, se echó á reír, y la Zambinella saltó como un corzo y penetró en el banquete. Cuando Sarrasine compareció, corriendo detrás de ella, fué acogido con una risa infernal y vió á la Zambinella desmayada en un sofá. La italiana estaba pálida y como anonadada por el extraordinario esfuerzo que acababa de hacer. Aunque Sarrasine comprendía poco el italiano, oyó que su amante decía en voz baja á Vitagliani: «Este hombre me matará.» Esta extraña escena llenó de confusión al escultor, el cual, recobrando la razón, permaneció algunos instantes inmóvil y silencioso, y después recobró la palabra y se sentó al lado de su querida, haciéndole mil protestas de su respeto. Para describirle su amor desplegó los tesoros de la elocuencia mágica, oficioso intérprete al que rara vez dejan de prestar fe las mujeres. En el momento en que los primeros resplandores de la mañana sorprendieron á los convidados, una mujer propuso ir á Frascati. Todos acogieron con vivas aclamaciones la idea de pasar el día en la casa Ludovisi. Vitagliani bajó para alquilar coches. Sarrasine tuvo la dicha de acompañar á la Zambinella en un faetón. Una vez fuera de Roma, la alegría, reprimida un instante por los combates que cada uno había librado con el sueño, renació de pronto. Hombres y mujeres todos parecían acostumbrados á aquella vida extraña, á aquellos placeres continuos y á aquel jolgorio de artista que convierte la vida en una fiesta perpetua. La compañera del escultor era la única que parecía abatida. «¿Está usted enferma? le dijo Sarrasine, ¿preferiría volverse á

«No soy bastante fuerte para soportar estos excesos, le respondió ella; necesito grandes cuidados, pero á su lado me siento bien. A no ser por usted no hubiera asistido á esta cena, porque á mí el perder una noche me marchita mucho.»

«¡Es usted tan delicada!» repuso Sarrasine contemplando las lindas facciones de aquella criatura. «Las orgías me estropean la voz.» «Ahora que estamos solos, exclamó el artista, y que no tiene usted ya que temer la efervescencia de mi pasión, dígame que me ama.» «¿Para qué? ¿con qué objeto? Le he parecido á usted bonita, pero usted es francés y su sentimiento pasará. Además, no sería usted capaz de amarme como yo deseo ser amada.» «¿Cómo?» «Puramente, sin el fin de toda pasión vulgar. Yo detesto á los hombres más tal vez que odio á las mujeres. Yo necesito refugiarme en la amistad. El mundo está desierto para mí. Soy una criatura maldita condenada á comprender la dicha, á sentirla, á deseirla, y como tantas otras, la veo huir de mí á todas horas. Acuérdese usted, señor, de que yo no le habré engañado. Le prohibo que me ame. Yo puedo ser para usted un amigo adicto, pues admiro su fuerza y su carácter. Yo necesito un hermano, un protector. Sea usted todo esto para mí, pero nada más.»

«¡No amarla á usted! exclamó Sarrasine. Pero ángel querido, ¡si eres mi vida y mi dicha!» «Si dijera una palabra me rechazaría usted con horror.» «¡Coquetuela! nada puede asustarme. Díme que me costará el porvenir, que moriré dentro de dos meses, que me condenaré por haberte abrazado únicamente...» Y la besó á pesar de los esfuerzos que hizo la Zambinella para cortar aquel apasionado beso. «Dime que eres un demonio, que necesitas mi fortuna, mi nombre, mi celebridad. ¿Quieres que no sea escultor? ¡habla!» «¿Y si no fuese mujer?» preguntó tímidamente la Zambinella con voz argentina y dulce. «¿Creéis que se puede engañar el ojo de un artista? ¿No hace ya diez días que te admiro y que devoro tus perfecciones? Sólo una mujer puede tener esos brazos redondos y contorneados y esas elegantes formas. ¡Ah! quieres que te eche flores?» La Zambinella sonrió con amargura, y murmuró estas palabras fijando sus ojos en el cielo: «¡Fatal belleza!» En aquel momento su mirada tuvo no sé qué de expresión de horror tan poderosa y tan viva, que Sarrasine tembló. «Señor francés, olvide para siempre un instante de locura. Yo le estimo á usted, pero no me pida amor, porque este sentimiento no existe en mi corazón.

«Yo no tengo corazón! exclamó llorando. El teatro donde usted me conoció, aquellos aplausos, aquella gloria á la que me han condenado, es mi única vida, y no conozco otra. Dentro de algunas horas ya no me verá usted con los mismos ojos. La mujer que usted amaba, habrá muerto.» El escultor no respondía, pues se sentía dominado por una rabia sorda que le oprimía el corazón. Aquella voz llena de debilidad, la actitud, los modales y los gestos de la Zambinella, llenos de tristeza, de melancolía y de desaliento, despertaban en su alma todas las riquezas de la pasión. Cada palabra era un nuevo aguijón. En aquel momento habían llegado á Frascati. Cuando el artista tendió los brazos á su amada para ayudarla á bajar, la sintió toda temblorosa. «¿Qué tiene usted? Me haría usted morir, si supiese que yo soy para usted la causa inocente de cualquier dolor», exclamó al verla palidecer. «¡Una serpiente! Me dan mucho miedo esos horribles animales», dijo señalando una culebra que se deslizaba á lo largo de un foso. Sarrasine aplastó de una patada la cabeza de la culebra. «¿Cómo tiene usted tanto valor?» repuso Zambinella, contemplando el reptil muerto con visible espanto. «¿Y aun se atreverá usted á decir que no es mujer?» dijo el artista sonriéndose. Después de este accidente se unieron á sus compañeros y se pasearon por los bosques de la posesión Ludovisi, que pertenecía entonces al cardenal Cicognara. Aquella mañana transcurrió con demasiada rapidez para el enamorado escultor, que pudo observar multitud de detalles que le revelaron la coquetería y la debilidad de aquella alma sin energía. La Zambinella era la mujer con sus repentinas timideces, sus irrazonables caprichos, sus instintivos presentimientos, sus infundadas audacias, sus charlas y su hechicera finura de sentimiento. Hubo un momento en que paseando por el campo la pequeña compañía de los alegres cantantes vió de lejos á algunos hombres armados hasta los dientes y cuyo traje no tenía nada de tranquilizador. Al oír las palabras «¡Son bandidos!», todo el mundo apretó el paso para ponerse al abrigo entrando dentro de las posesiones del cardenal. En aquel instante crítico Sarrasine notó la palidez de la Zambinella, que no tenía fuerza bastante para andar, y tomándola en brazos la llevó corriendo al lado de sus compañeros. Una vez en seguridad, la puso en tierra y le preguntó: «Dígame, ¿por qué me encanta en usted esa extrema debilidad, cuando en cualquiera otra mujer

me parecería horrible y bastaría para extinguir mi amor? ¡Oh! ¡cuánto la amo á usted! Todos sus defectos, sus temores y sus pequeñeces añaden no sé qué gracia á su alma. Ahora comprendo que detestaría á una mujer fuerte, á una Sapho valerosa, llena de energía y de pasión. ¡Oh! frágil y dulce criatura! ¿cómo había de ser de otro modo? Esa voz de ángel, esa voz deliciosa hubiera sido un contrasentido si saliese de un cuerpo distinto del tuyo.» «No puedo darle á usted ninguna esperanza; cese de hablar de ese modo, porque se burlarían de usted. Me es imposible prohibirle la entrada en el teatro, pero si usted me ama y es juicioso, no debe ir más. Escuche usted, señor», le dijo con voz grave. «¡Oh! cállate; los obstáculos agrandan el amor en mi corazón», dijo el artista embriagado. La Zambinella permaneció en una actitud graciosa y modesta, pero se calló como si un pensamiento terrible hubiese cruzado por su mente. Cuando se trató de volver á Roma, la cantante subió en una berlina de cuatro asientos, ordenando al escultor con aire cruel que volviese solo en el faetón. Por el camino Sarrasine resolvió secuestrar á la Zambinella. Había pasado todo el día ocupado en formar los planes más extravagantes. Al obscurecer, en el momento en que salió para ir á preguntar dónde estaba situado el palacio ocupado por su amada, se encontró á un compañero en el umbral de la puerta, el cual le dijo: «Querido mío, estoy encargado por nuestro embajador para invitarte á que vayas esta noche á su casa. Da un magnífico concierto, y tomará parte en él la Zambinella.» «¡Zambinella!» exclamó Sarrasine, pronunciando este nombre con delirio. «Como todo el mundo», respondió su compañero. «Si tú, Vien, Lauterbourg y Allegrain sois amigos míos, espero que me ayudaréis á llevar á cabo mis propósitos después de la fiesta» dijo Sarrasine. «¡No hay que matar á ningún cardenal, ni...» «No, no, exclamó Sarrasine, no os pido nada que no puedan hacer hombres honrados.» En poco tiempo el escultor lo dispuso todo para el éxito de su empresa, y fué uno de los últimos en llegar á casa del embajador; pero se presentó en un coche de viaje tirado por vigorosos caballos. El palacio del embajador estaba lleno de gente; así es que el escultor, que no conocía á ninguno de los asistentes, tuvo no poco trabajo para llegar al salón en el momento en que cantaba la Zambinella. «Supongo que esa mujer se habrá vestido de hombre por respeto á los cardenales, obispos y

sacerdotes ¿verdad?» preguntó Sarrasine. «¿Qué mujer?» respondió el señor á quien se dirigía Sarrasine. «La Zambinella.» «¡La Zambinella! repuso el príncipe romano. ¿Se burla usted? ¿de dónde viene? ¿acaso ha habido nunca mujeres en los teatros de Roma? ¿Aún no sabe usted qué criaturas desempeñan el papel de mujeres en los estados del papa? Señor, yo he sido el que ha dotado á Zambinella de su voz. Yo se lo he pagado todo á ese muchacho, hasta el maestro de canto; pero el maldito se ha mostrado tan poco agradecido, que nunca ha querido poner los pies en mi casa. Sin embargo, si llegase á hacer fortuna todo me lo deberá á mí.» El príncipe Chigi hubiera podido hablar cuanto hubiera querido; pero tenía la seguridad de que Sarrasine no le hubiera escuchado. Aquella espantosa verdad había penetrado en su alma y le había causado el efecto de un rayo. El escultor permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el pretendido cantante. La chispeante mirada tuvo una especie de influencia magnética sobre Zambinella, porque éste acabó por volver rápidamente la vista hacia Sarrasine, y entonces su voz celestial se alteró y su cuerpo tembló de pies á cabeza. Un murmullo involuntario de todos los reunidos que estaban pendientes de su canto acabó por desconcertarla, y entonces se sentó y dejó de cantar. El cardenal Cicognara, que había seguido con la vista la dirección que tomaba la mirada de su protegido, vió entonces al francés, é inclinándose hacia uno de sus ayudantes le preguntó el nombre del escultor. Cuando hubo obtenido la respuesta que deseaba, contempló muy atentamente al artista y dió órdenes á un cura, que desapareció á toda prisa. Entretanto, Zambinella, que se había repuesto, reanudó la canción que tan caprichosamente había interrumpido; pero la cantó mal, y á pesar de las instancias que se le hicieron, se negó á cantar nada más. Aquella fué la primera vez que ejerció aquella caprichosa tiranía que contribuyó después á hacerla célebre, tanto por lo menos como su talento y su hermosa fortuna, debida lo mismo á su voz que á su belleza. «Es una mujer, se dijo Sarrasine creyéndose solo. Veo ahí alguna intriga secreta. El cardenal Cicognara engaña al papa y á toda la villa de Roma.» Inmediatamente el escultor salió del salón, buscó á sus amigos y los emboscó en el patio del palacio. Cuando Zambinella se hubo asegurado de la marcha de Sarrasine, pareció recobrar un tanto la tranquilidad. A eso de las doce de la noche, después de haber errado

por los salones como hombre que busca á un enemigo, el cantante se dispuso á retirarse, y en el momento en que franqueaba la puerta del palacio, fué cogido por unos hombres que le amordazaron con un pañuelo y le metieron en el coche alquilado por Sarrasine. Helado de horror, Zambinella permaneció en un rincón sin atreverse á hacer el menor movimiento, pues veía ante sí la figura terrible del artista, que guardaba un silencio de muerte. El trayecto fué corto, y Zambinella, secuestrado por Sarrasine, no tardó en hallarse en un taller sombrío y desnudo. El cantante, medio muerto, permaneció en una silla sin atreverse á mirar una estatua de mujer en la cual reconoció sus facciones. No profirió una palabra, pero sus dientes castañetearon. Sarrasine se paseaba á grandes pasos, y de pronto se detuvo ante Zambinella preguntándole con voz sorda: «Dime la verdad, ¿eres mujer? El cardenal Cicognara...» Zambinella cayó de rodillas y se limitó á responder bajando la cabeza. «¡Ah! ¡tú eres mujer! exclamó el artista con delirio, porque un...» No acabó. «No, repuso, no podría ser tan bajo.» «¡Ah! no me mate usted, pues si he consentido en engañarle ha sido por complacer á mis compañeros, que querían reirse», exclamó Zambinella rompiendo en amargo llanto. «¡Reirse! respondió el escultor con voz infernal, ¡reirse! ¡reirse! ¿Te has atrevido á burlarte de la pasión de un hombre?» «¡Ah! ¡perdón!» replicó Zambinella. «Debería matarte, exclamó Sarrasine sacando su espada con violencia; pero escudriñando tu ser con un puñal ¿encontraría en él algún sentimiento que extinguir ó alguna venganza que satisfacer? Hombre ó mujer, te mataría; pero...» E hizo un gesto de asco que le obligó á volver la cabeza, y entonces se encontró con la estatua y exclamó: «¡Y esto es una ilusión!» Después, volviéndose hacia Zambinella añadió: «Un corazón de mujer era para mí un asilo, una patria; ¿tienes hermanas que se te parezcan? ¿No? Pues bien, muere; pero, no, vivirás. Dejarte la vida, ¿no es entregarte á algo peor que la muerte? No siento mi sangre ni mi existencia, sino el porvenir y la fortuna de mi corazón. Tu débil mano ha destruído mi dicha. ¿Qué esperanza puedo arrebatarte en cambio de las que me has quitado? Amar, ser amado, son en lo sucesivo lo mismo para mí que para ti palabras vacías de sentido. Me has igualado á ti. Pensaré sin cesar en esa mujer imaginaria viendo siempre en ella una mujer real, dijo señalando la estatua. Tendré siempre en la

mente una mujer celestial que vendrá á hundir sus garras en todos mis sentimientos de hombre y que me hará ver imperfectas á todas las demás mujeres. ¡Monstruo! tú que no puedes dar la vida á nada, has despoblado para mí la tierra de mujeres.» Sarrasine se sentó enfrente del asustado cantante. Dos gruesas lágrimas salieron de sus secos ojos, rodaron á lo largo de sus varoniles mejillas y cayeron en tierra; dos lágrimas de rabia, dos lágrimas ardientes y abrasadoras. «¡Ya no más amor! Estoy muerto para todo placer, para todas las emociones humanas.» Al decir estas palabras cogió el martillo y lo lanzó contra la estatua con una fuerza tan extravagante, que erró el golpe. El escultor creyó haber destruído aquel monumento de su locura, y entonces sacó la espada y la blandió para matar al cantante. Zambinella lanzó penetrantes gritos. En aquel momento entraron tres hombres, y el escultor cayó de pronto atravesado por tres golpes de estilete. «De parte del cardenal Cicognara», dijo uno de ellos. «Es un beneficio digno de un cristiano», respondió el francés expirando. Aquellos sombríos emisarios comunicaron á Zambinella la inquietud de su protector, el cual le esperaba en la puerta en un coche cerrado á fin de llevárselo tan pronto como quedase libertado.

—Pero ¿qué relación existe entre la historia y el anciano que vimos en casa de los Lanty?—me preguntó la señora de Rochefide.

—Señora, el cardenal Cicognara se hizo dueño de la estatua de Zambinella, que está hoy en el museo Albani, reproducida en mármol. Allí fué donde la familia Lanty la encontró en 1791, mandándole á Viena que sacase una copia. El retrato en que vió usted á Zambinella á los veinte años un instante antes de haber visto al centenario, sirvió después para el Endimion de Girodet, en el cual habrá usted podido reconocer el tipo de Adonis.

—Pero ¿ese ó esa Zambinella?

—Señora, aunque no sea más que tío segundo de Marianina, debe usted concebir el interés que la señora de Lanty tiene en ocultar el origen de una fortuna que proviene...

—Basta—dijo haciendo un gesto impetuoso.

Permanecimos un instante sumidos en profundo silencio.

—Bueno, ¿qué le parece á usted?—acabé por decirle.

—¡Ah!—exclamó la señora de Rochefide levantándose y paseándose por el cuarto,—me ha quitado usted el gusto de

la vida y de las pasiones por mucho tiempo. Con escasa diferencia, ¿no vienen á terminar todos los sentimientos humanos en atroces decepciones? Cuando madres, los hijos nos asesinan con su mala conducta ó con su frialdad; cuando esposas, nos vemos traicionadas; cuando amantes somos despreciadas ó abandonadas. ¿Existe acaso la amistad? Mañana mismo me haría devota si no supiese que puedo permanecer, como una roca, inaccesible en medio de las tormentas de la vida. Si el porvenir del cristiano es también una ilusión, al menos no se destruye hasta después de su muerte.

—¡Ah! le dije—sabe usted castigar.

—¿Será mía la culpa?

—Sí—le respondí con una especie de valor.—Acabando esta historia, bastante conocida en Italia, puedo darle á usted una elevada idea de los progresos hechos por la civilización actual. Hoy ya no se hacen eunucos.

—París es un suelo muy hospitalario—me dijo la señora de Rochefide.—Lo acoge todo, lo mismo las fortunas más vergonzosas que aquellas que están manchadas de sangre. El crimen y la infamia tienen aquí derecho á un asilo, sólo la virtud carece de altares. Pero las almas puras tienen una patria en el cielo. Nadie me habrá conocido... y me enorgullezco de ello.

Y la marquesa permaneció pensativa.

París, Noviembre 1830.

FACINO CANE

Á Luisa

Como testimonio de afectuoso agradecimiento.

Vivía yo entonces en una callejuela que tal vez no conozcáis; me refiero á la calle de Lesdiguières, que comienza en la calle de San Antonio enfrente de una fuente próxima á la plaza de la Bastilla, y desemboca en la calle de la Cerisaie. El amor á la ciencia me había sepultado en una buhardilla, donde trabajaba durante la noche, pasando el día en una biblioteca inmediata, en la de MONSIEUR. Habiendo aceptado todas las condiciones de la vida monástica tan necesaria á los trabajadores, vivía muy frugalmente. Cuando hacía buen tiempo, apenas si me permitía dar un paseo por el bulevar Bourdon. Una sola pasión me apartaba de mis hábitos estudiosos; pero ¿no implicaba también estudio? Solía ir á estudiar las costumbres del arrabal, sus habitantes y sus caracteres. Como iba tan mal vestido como un obrero, no les causaba prevención alguna y podía mezclarme en sus grupos, verles realizar sus compras y discutir á la hora en que dejan el trabajo. La observación se había hecho en mí instintiva, llegaba al alma sin descuidar el cuerpo, aprehendía los detalles exteriores, me procuraba la facultad de asimilarme la vida del individuo en quien me fijaba y me permitía substituirle, del mismo modo que el derviche de las *Mil y una noches* tomaba el cuerpo y el alma de las personas sobre las cuales pronunciaba ciertas palabras.